

25 años del Sínodo Diocesano

FELIPE BERMÚDEZ

(Aportación en la mesa redonda del día 15 de enero de 2018 en el ISTIC, como presidente de la Segunda Comisión del Sínodo)

El Concilio Vaticano II, celebrado entre los años 1962 y 1965, fue sin duda el principal acontecimiento eclesial de todo el siglo XX. La Iglesia Católica, después de varios siglos enfrentada y a la defensiva con el mundo moderno, decide, por fin, afrontar con valentía y lucidez la nueva situación de la Iglesia en el mundo de entonces. Aunque el Concilio llegó tal vez con varios siglos de retraso, supuso, a pesar de todo, una renovación impresionante de la Iglesia, a todos los niveles.

Nuestro Sínodo Diocesano de 1992 se entiende fundamentalmente como el intento, en un clima de diálogo abierto e inclusivo, de poner en práctica el Concilio Vaticano II en nuestra Diócesis.

Puede parecer raro que ese intento de aplicar el Concilio se haga treinta años después. Pero acontece así porque ya antes hubo otros intentos de aplicación del Vaticano II, que resultaron polémicos y parciales. Me refiero a la Asamblea Conjunta de Obispos-Sacerdotes de 1970-71 y al Estudio Socio Pastoral de nuestra Diócesis de los años 1972 al 1975.

En ambos casos, el clima de enfrentamiento y los resultados finales convirtieron esos intentos en procesos parciales y excluyentes, en cuanto que no participaron ni asumieron sus conclusiones todas las fuerzas vivas de la Diócesis.

La Asamblea Conjunta Obispos-Sacerdotes fue un paso importante. Se generó una dinámica participativa y de creatividad pastoral. Se tomó conciencia de la división que existía en el clero: una mayoría conservadora frente a un grupo más pequeño de clero renovador. Como anécdota curiosa: el grupo renovador, minoritario en la Asamblea Diocesana del Clero, sometió a votación una propuesta que era, textualmente, un párrafo del Vaticano II. Fue rechazada por la Asamblea.

El ESP fue otra experiencia importante para aplicar el Concilio en nuestra Diócesis. Fue protagonizado por el clero más joven y renovador, junto a algunas personas seculares y religiosas, pero también fue conflictiva su realización. Se parte de una encuesta sociológica y luego se organizan grupos de trabajo. El clero puso muchas dificultades al proceso, que salió adelante a pesar de todo. El clima político era especialmente conflictivo: los últimos años de la dictadura. Tengamos en cuenta que en la diócesis de Tenerife el obispo, después de los primeros pasos, suprimió el ESP.

El ESP propició un proceso participativo muy intenso, sobre todo en los lugares donde tuvo el apoyo decidido del clero. Es de destacar la implicación social de los grupos, ya que los temas lo favorecían: por ejemplo, el año 1974 se introdujeron dos temas coyunturales que marcaron el estilo del trabajo y las conclusiones: el paro (crisis del petróleo de 1973, con el parón de la construcción y paro) y la sequía. Eso, unido al proceso político de la transición, creó un clima especial de participación social por parte de la Iglesia.

La aplicación de las conclusiones del ESP fue lenta y tediosa. Se fue diluyendo su efecto participativo. Fueron los últimos años del episcopado de Infantes Florido y los primeros de Ramón Echarren. En 1978 aparece el Achaman, coordinadora de grupos, comunidades y movimientos, aglutinando a una serie de grupos y personas que habíamos participado con entusiasmo en el ESP. Incidencia en el ambiente social y político que se vivía, una Iglesia en los sectores populares, etc.

Cuando Echarren llegó, se retoma todo de nuevo, con un obispo sociólogo y organizador de una pastoral por objetivos... La Diócesis cobra nuevo impulso, se insiste en la dimensión social con Cáritas, una de las aportaciones de Echarren...

Cuando ya el modelo organizativo de Echarren fue decayendo y generando cierto cansancio en el clero, aparece la iniciativa del Sínodo.

El Sínodo supuso un esfuerzo sistemático y organizado de escuchar todas las voces, de integrar todas las tendencias, de incorporar todas las sensibilidades. En ese aspecto, podemos hablar de una obra madura y fecunda de nuestra comunidad eclesial, con su Obispo al frente.

Echarren, obispo con mucha personalidad intelectual, con su esquema de pastoral por objetivos, con su famoso triple ministerio como eje de todo su proyecto pastoral... tuvo en el Sínodo un complemento y contrapeso impresionante. Nunca un Obispo es más obispo que cuando tiene presente y vivo a todo el conjunto de sus grupos, movimientos y comunidades.

Experiencia muy buena de: encuestas y consultas a toda la población, a todas las personas comprometidas, las deliberaciones y decisiones sobre el método de trabajo, los trabajos en las mesas de la Comisión, los debates en la Comisión, la elaboración de enmiendas, los debates en los plenos, etc. Experiencia de creatividad, de corresponsabilidad, sensación de estar haciendo algo grandioso y de valor para realizar bien la misión de la Iglesia en nuestra tierra canaria.

Veámos necesario superar el simple recurso al triple ministerio. Y en nuestras discusiones presinodales logramos completar el esquema con la visión de una Iglesia comunión-misión, comunión para la misión. Los movimientos de diástole y sístole nos inspiraban para comprender el dinamismo de la Iglesia. El esquema del triple ministerio tenía el peligro de encerrar a la Iglesia en sí misma. Cada año el obispo nos mandaba unas fichas para revisar toda la acción pastoral. Pero se iba olvidando la realidad social. Esa tendencia de una Iglesia encerrada en sí misma se propiciaba por el clima de involución que llegaba desde las altas instancias de la Jerarquía.

Salir, como dimensión importante. Eso se trasluce en todo el texto de la Segunda Comisión. El acento del texto resultante es claro en este aspecto: la Iglesia, enviada por el Señor a evangelizar, a la misión. Se subraya en todas las constituciones de esta Comisión.

Importancia del testimonio como primer paso, imprescindible y fundamental, de la acción evangelizadora de la Iglesia. Nos ayudaba mucho Evangelii Nuntiandi, 21: prioridad del testimonio. Eso quedó bien reflejado en el documento sinodal.

Eso hoy tiene importancia, porque hemos vuelto a caer en lo mismo, después del Sínodo. La Iglesia ha vuelto a caer en una cierta "introversión eclesial".

Y el Papa Francisco nos dice insistentemente: hay que salir. La EG, en su n.24 nos explica de qué salida se trata: salir al compromiso con los últimos de la sociedad, para así anunciar el Evangelio de Jesucristo. Se trata de un proceso, no de un esquema lógico: primerear, involucrarse, acompañar, fructificar, festejar.

Recuerdo del Sínodo: el deseo de muchas personas por cambiar cosas importantes en la Iglesia. Y el miedo del obispo, con las consiguientes advertencias y controles, para que esos temas no se trataran. Y así esos temas nunca se tocaron. Y siguen pendientes.

Una de esas cosas es lo que todavía sucede hoy: el poder en la Iglesia está en manos de los hombres. Las mujeres, que son la mitad de la humanidad y el 90 por ciento de los miembros activos de la Iglesia Católica, no deciden, no tienen poder. Así la Iglesia no puede ser modelo para la sociedad a la que quiere evangelizar. La evangelización crece por “contagio” (otra expresión de Francisco).

También, un tema que el Sínodo apenas tocó y que hoy sigue siendo clave: el clericalismo. Todo está en manos del clero. La Diócesis, las parroquias, las decisiones importantes..., todo depende de los curas. Y así, la dinámica participativa que genera el Sínodo (como sucedió con el ESP) se va diluyendo porque el laicado va dejando de participar. Porque no se le deja. Y así las personas más comprometidas se van cansando y terminan marchándose de la participación activa.

Pensemos en la gente que está hoy en estos encuentros, 25 años después del Sínodo. El clero sigue siendo el mismo, con más años y con las nuevas incorporaciones de curas jóvenes. Pero las personas seculares: ¿cuántas de las que están hoy estuvieron en el Sínodo? ¿Dónde están esas personas que mayoritariamente formaban parte de la Asamblea Sinodal?

Otra dificultad actual: los dirigentes de la Iglesia nos hemos contagiado del clima de comodidad reinante: nos hemos acomodado. En vez de contagiar a la sociedad del entorno, es la sociedad la que nos ha contagiado comodidad, flojera, apatía, individualismo... Me escandalizó la expresión de algún cura joven, hace unas semanas, cuando se planteaba la necesidad de que nuestros encuentros interparroquiales (retiros, vigiliass...) fueran más largos y con más contenido. Decía el sacerdote: *“a las 8 de la tarde ya estoy cansado y no estoy para reuniones largas...”*.

A veces nos preguntamos algunos si nuestra Iglesia no estará necesitando otro Sínodo o algo parecido. Un revulsivo que nos despierte, algo que suponga

un aldabonazo del Espíritu, como lo fue el Concilio para toda la Iglesia en su momento, hace 50 años.

El Papa Francisco nos alienta en nuestro empeño por seguir en esta Iglesia que necesita salir, hoy como nunca. Muchas personas con una trayectoria cristiana claramente militante, en algunos momentos hemos tenido la tentación de dudar si no nos habríamos salido de la Iglesia de Jesús. Con la llegada del Papa Francisco, descubrimos con gozo que no nos hemos salido de la Iglesia de Jesús, sino que formamos parte de la Iglesia de Jesús que ha salido.